

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, abril de 1895 ✧ NÚMERO 28

— Con el presente número se entregará el cuaderno 28 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



EL SAQUEO DE PANAMÁ: —¡Ved allá los campanarios de Panamá!

SUMARIO

En el gran glaciar de Aletsch.—En el Splügen (*conclusión*).—El cazador de caballos (*continuación*).—El bote salvavidas.—Perdido para el mundo.—El saqueo de Panamá.—Pensamientos.

EN EL GRAN GLACIAR DE ALETSCHE

Agosto, 1862

Llegué á Suiza con mi hijo á principios de agosto, y en 25 de este mes fuimos á hospedar-nos en el cómodo hotel de Wellig, para emprender al día siguiente una excursión á Märjelen y al glaciar de Aletsch, proponiéndome yo llegar hasta Faulberg si no se oponía ninguna dificultad. El tiempo era favorable, y todo prometía un buen viaje de recreo. Con nosotros iban dos amigos, Vivian Hampton y F. Barlow, un guía, Fedier, á quien había contratado desde un principio, otro más joven, llamado Andrés Weissenflüh, á quien debí la vida de mi hijo, y un portero del hotel de Eggischhorn. Este último nos acompañaba como guía local, pues ninguno de la partida, excepto yo, conocía el glaciar de Aletsch. Llevábamos, por supuesto, nuestra cuerda, y, por fortuna, insistí en que se tomara otra.

Emprendimos la marcha muy animosos, y á todos les complació mucho la vista de Märjelen, que apareció á nuestros ojos con toda su belleza. Abrigábamos la esperanza de que el tiempo nos permitiría llegar hasta cerca de la base del Jungfraucol. El glaciar estaba del todo tranquilo; la nieve fresca no cubría el hielo; las grietas aparecían descubiertas, y nadie creyó necesario servirse de la cuerda; pero me pareció buena precaución confiar mi hijo, joven de diez y nueve años, al cuidado del portero de Eggischhorn. Hacía su segunda visita á Suiza y no dudaba que podía cuidar de sí mismo; pero consideré un deber someterle á la vigilancia de un guía. No quisiera calumniar á este último, ni censurarle si no lo merece; pero debo decir que su descuido fué, sin la menor duda, la causa inmediata del accidente. Comenzó mal, y yo debía haber intervenido. Hizo un nudo en el pañuelo, y dió una punta á mi hijo, lo cual era tan inconveniente como inútil, y, en rigor, de aquí partió la verdadera causa del peligro, porque privó á mi hijo, en parte, de la libre acción de sus miembros, esencial para la seguridad del individuo; le retrajo de tener el cuidado que debía, y no sirvió sino para hacerle creer que no necesitaba ayuda. Excepto en una grieta, no fué necesario que el muchacho necesitase agarrarse á nada, y, tratándose tan sólo de una abertura, bastábale el pañuelo. La idea de que no había verdadero peligro y de que todo cuanto se requería era prudencia al cruzar las grietas, fué causa de que yo no interviniese.

Así, pues, el guía siguió adelante, sosteniendo el pañuelo tras sí, y precediendo á mi hijo, que cogía una de las puntas. Muchas veces me quejé al guía, diciéndole que llevaba al mu-

chacho por partes demasiado anchas de las grietas, á fin de evitarse la molestia de desviarse un poco del paso, y con frecuencia le obligué á dirigirse por los sitios más estrechos. Al fin, me hallé á pocas varas á la izquierda de mi hijo, y acababa de franquear una angosta grieta, cuando oí una exclamación, volví la cabeza al punto, y noté que el muchacho había desaparecido.

No trataré de dar una idea de mis impresiones para pintar mi angustia é inquietud; pero referiré los pormenores del hecho con todos sus detalles.

Cuando mi hijo cayó, la grieta por la cual acababa de cruzar tan fácilmente se ensanchó, y sus dos lados se unieron por una angosta lengua de hielo. Era evidentemente imposible averiguar con exactitud lo que había ocurrido.

Pero yo me persuadí de que el guía iba tan descuidado como siempre, tirando del pañuelo, y que, apenas puso el pie en el estrecho borde, resbalósele y cayó.

Me precipité hacia el borde de la grieta; llamé á mi pobre hijo, y, con no poca alegría, oíle contestar, tranquila y claramente, aunque, según supe más tarde, hallábase á cincuenta pies más abajo que yo, y no podía vernos, ni nosotros tampoco á él; pero evidentemente no había sufrido daño alguno, ni se había asustado, ni estaba fuera de alcance. En un momento, Weissenflüh estuvo preparado para bajar al fondo de la grieta; abrochóse el cinturón, sujetóle en la cuerda, y nos dijo que le ayudáramos á descender. Mis dos amigos y yo, juntamente con los otros dos guías, sostuvimos la cuerda, y lenta y gradualmente, según las instrucciones de Weissenflüh, la dejamos deslizarse.

Era un trabajo de paciencia; pero, entretanto, animábamos á mi hijo, diciéndole lo que se hacía y recibiendo sus contestaciones. Al fin, Weissenflüh nos anunció, con gran contento mío, que acababa de alcanzar al muchacho, que le tenía bien cogido, y que podíamos izarlos. Con mucha lentitud y cuidado, comenzamos á tirar de la cuerda, acercando cada vez más á mi hijo y al guía, según creíamos; pero, al fin, vimos con indecible horror que Weissenflüh estaba solo. Había cogido al muchacho por el cuello de la levita; y como tenía la mano fría y el paño estaba húmedo, se deslizó entre sus dedos.

Se me dijo que al caer el muchacho otra vez había proferido un grito; pero, ó yo no lo oí ó lo olvidé. La angustia de momento no me permitió fijarme en el detalle. Por fortuna, ninguno de nosotros perdió la presencia de ánimo, y todos sostuvieron bien la cuerda.

El pobre Weissenflüh llegó á la superficie exhausto, abatido y contristado; echóse sobre el glaciar y comenzó á lamentarse tristemente. Un momento después, Fedier estuvo preparado para descender á su vez, y comenzamos á bajarle; pero la grieta era angosta, y Fedier no podía deslizarse á través de ella; de modo que fué preciso izarle de nuevo antes de que hubiera bajado á la distancia de diez pies.

Entretanto, el valeroso Weissenflüh, habíase recobrado ya, y mostróse dispuesto á bajar; mas nos pareció conveniente adoptar la precaución de bajar la otra cuerda con uno de los cintos bien sujeto en ella. Mi hijo la cogió bien pronto, y púsose el cinturón, pero dijónos que tenía las manos demasiado frías para abrocharle. Weissenflüh bajó de nuevo, y muy pronto nos anunció que ya estaba sujeto el cinturón; y entonces unos comenzaron á tirar de una cuerda, y los otros de la segunda, por cuyo medio se consiguió, al fin, después de haber estado mi hijo sepultado en el hielo por espacio de media hora, que él y nuestro guía salieran á la superficie. Inútil parece decir con qué efusión nos abrazamos.

Cuando el muchacho se reunió con nosotros estaba algo frío, pero sin lesión alguna. Se dió á cada cual un vaso de vino, y poco á poco llegamos al hotel sin sufrir el menor percance. Al día siguiente, el muchacho emprendió otra excursión muy animoso; pero habíale producido la más profunda impresión el peligro de que escapó.

Según nos dijo, al principio de la caída quedó echado en una saliente de la grieta, y después descendió verticalmente, por fortuna, con los pies hacia abajo, hasta que le contuvo la estrechez de la grieta, y vióse encajado como una cuña, con los pies pendientes y los brazos libres. Según parece, la segunda vez no cayó más que á unas tres ó cuatro varas de profundidad, y se le figuró no estar ya en el mismo sitio de antes. A no ser por la estrechez de la grieta, habría sufrido graves lesiones.

EN EL SPLUGEN

(Conclusión)

El espectáculo que ofrece aquella garganta es horrible: diríase que la Naturaleza ha roto las montañas, produciendo en ellas una repentina convulsión, y el aspecto de todas las cosas basta para aterrar al viajero, aunque no vea las avalanchas ó huracanes de nieve.

Dejando atrás este desfiladero, el paso se prolonga en el espacio de algunas millas á través del valle de Schams, y después contornea las rocas de La Raffla, cubiertas de pinos; después se corre por la cara desnuda de la montaña, trazando á veces un ángulo de cuarenta y cinco grados hasta llegar á la cima, que, hallándose más arriba de la región de los árboles, está completamente pelada y desnuda.

Este es el antiguo camino. El nuevo va por otra vía, y en verano le pueden franquear los carruajes.

Tal era el camino, lleno de nieve y avalanchas, que aquel ejército de 15,000 hombres recorrió en medio del invierno.

Avanzaban en columnas separadas, y ya hemos dado á conocer la marcha y el éxito de la primera. La segunda y la tercera hicieron la tentativa en los días 2 y 3 de diciembre, terminando la ascensión sanas y salvas; pero mu-

chos soldados murieron de frío. Esto indujo á Macdonald á marchar con todo el resto del ejército de una vez, y con este objeto se puso á su cabeza, dándose principio á la ascensión el 5 de diciembre; pero la noche anterior había caído más nieve, que cubrió todo el paso; de modo que se hizo necesario abrir todo el camino otra vez.

Los guías rehusaron seguir adelante; pero Macdonald no quiso diferir su marcha y condujo á sus cansadas tropas, con nieve hasta el pecho, hasta la oscura y fría montaña. Necesitaron seis horas para recorrer seis millas, y no



El gran glaciar de Aletsch

habían avanzado mucho por el desfiladero, cuando encontraron una enorme mola de nieve, y todo el paso lleno por una avalancha reciente. Los guías se detuvieron ante estos obstáculos, negándose á ir más allá; y antes de que Macdonald echase de verlo, su ejército retrocedía por la montaña, declarando que el paso estaba cerrado.

Entonces llamó á sus hombres, y, avanzando á la cabeza de la columna con una larga pértiga en la mano, para reconocer la profundidad de la traidora mole que pisaba, quiso reanimar el espíritu de su gente.

—¡Soldados!—exclamó.—¡Vuestro destino os llama á Italia! ¡Avanzad y conquistad primero las montañas y la nieve, y después las llanuras y los ejércitos!

Avergonzándose al ver á su jefe arriesgar su vida á cada paso en el sitio por donde ellos no querían pasar, volvieron á su trabajo, abriéndose camino á través de la sólida colina de hielo.

Mas apenas hubieron vencido este obstáculo, cuando la voz del huracán resonó de nuevo, y pocos momentos después una nube de nieve

les impidió ver. El paso se llenó de nuevo, y todas las señales quedaron completamente ocultas.

Entre los gritos de los guías, las confusas órdenes de los oficiales y el mugido del huracán, oyóse el estrépito producido por las avalanchas que saltaban por los precipicios, y entonces comenzó de nuevo la desesperada lucha del ejército para salvar la vida. El enemigo contra quien se debía combatir no era de carne y hueso, y de nada servían para él los sables, las

quéando la montaña de un solo salto, cayeron de golpe sobre la columna, y arrastráronla á la destrucción que la esperaba más abajo; pero, inflexible aún y animoso, el audaz Macdonald persistió en la lucha, entusiasmando con su ejemplo, más de lo que pudiera con sus órdenes, á sus oficiales y soldados. Allí donde los esfuerzos parecían inútiles, hicieron prodigios.

La primera avalancha, al atravesar entre la columna, paralizó un momento todos los corazones por el temor; mas pronto comenzaron á



EL BOTE-SALVAVIDAS: El vapor *Parthia*

bayonetas y la artillería. Lo mismo silbaba el viento entre la compacta columna que entre los rezagados, y sobre una y otros extendíase la nieve como un inmenso sudario.

Los que no han visto una tempestad en los Alpes no pueden imaginar la irresistible violencia con que estalla á través de las montañas. La nieve ligera, arrastrada por el viento, forma remolinos, produciendo como un océano de niebla, constituyendo á veces acumulaciones que parecen montañas.

La tempestad había dado la señal de carga; pero nadie contestaba á su reto. Los que habían sido héroes en tantos campos de batalla permanecían inmóviles y poseídos de terror ante aquel nuevo y más poderoso enemigo.

Oprimiéndose entre sí, en la creencia de que con la proximidad estaba más segura, la columna hizo frente al huracán que hacía penetrar el frío hasta sus huesos; pero no se reducía todo á esto: los remolinos de nieve, la tempestad, los pozos invisibles que conducían á los abismos, no eran elementos suficientes para completar aquella escena de horror.

De repente, comenzaron á caer avalanchas desde la cima del Splügen, y precisamente debían cruzar por donde pasaba el ejército. Fran-

considerarlas todas como verdaderas descargas de artillería, y los boquetes que se abrían, como los producidos por las bombas. Los soldados que iban detrás llenaban al punto el hueco con indecible valor, porque la vacilación allí era la muerte.

Una vez, al cruzar una avalancha por las filas, arrastrando algunas al abismo, vióse á un joven agitar su mano para despedirse de un compañero que había quedado atrás, mientras que él desaparecía para siempre. Este compañero, al entrar poco después en el paso donde había ocurrido el triste incidente, fué derribado por una mole de hielo que bajaba rodando, y que le arrastró hasta el golfo, para reunirlo con su camarada.

La extremada ansiedad de la atmósfera, llena como estaba de nieve, comunicaba más horrible aspecto á los misteriosos mensajeros de muerte cuando bajaban por los declives de la montaña.

Entre las pausas de la tempestad, y apenas se extinguía el siniestro rumor de una ráfaga, comenzaba á oírse otro, veíase avanzar una mole de nieve con el estrépito de un trueno, y una parte de la columna era arrastrada á su oscura tumba.



EL BOTE-SALVAVIDAS: Uno de los marineros se arrojó al mar...

En la noche del 6 de diciembre, la mayor parte del ejército había franqueado la montaña, adelantándose la vanguardia hasta el Lago de Como. Macdonald había estado cerca de dos semanas en aquel peligroso paso, desde el 26 de noviembre hasta el 6 de diciembre.

Un hombre menos enérgico é indomable habría fracasado en la empresa, y él se salvó como por milagro, pero dejando en los abismos del Splugen de ciento á doscientos hombres, que cayeron en los precipicios ó fueron arrastrados por las avalanchas. Más de cien

caballos y mulas quedaron sepultados también en los precipicios para servir de pasto á las águilas.

EL BOTE-SALVAVIDAS

De vez en cuando, los actos de heroísmo llevados á cabo en el mar por ciertos marineros merecen el honor de ser descritos en los diarios, tanto más cuanto que algunos de sus actos son ejemplo de verdadera intrepidez.

Y cuando leemos alguna narración de este género nos preguntamos por qué los marineros modernos son moral y físicamente inferiores á los que los precedieron.

Hay quien dice que por el uso del vapor, y á causa de formarse las tripulaciones de los buques de individuos de diversos países, el marinero inglés ha dejado de ser lo que era, y que la raza de los que se distinguían por su valor y heroísmo se ha extinguido ya para no reaparecer, por más que aún hoy día descuellan á veces marineros que nos recuerdan los de otras épocas por su arrojo é indiferencia á los peligros. En confirmación de ello, vamos á dar cuenta de un drama muy conmovedor que tuvo lugar en los altos mares, drama que, sin duda, será leído con interés.

Cierto día, el bien conocido vapor *Parthia*, hallábase á la distancia de cuatrocientas ó quinientas millas de la costa O. de Irlanda, habiéndose hecho á la vela en Boston el día anterior. Hacía algunas horas que el barómetro anunciaba un temporal; la brisa era fresca cerca del puerto, y, bajo la influencia del propulsor y de las velas, el buque levantaba montañas líquidas, cruzando las aguas como una locomotora. Por el S. y el O., el aspecto del cielo era muy extraño, pues tenía un siniestro calor plomizo, y parecía que una línea del horizonte estuviese impregnada de tinta. El temporal debía llegar evidentemente allí, y, en efecto, á la caída de la tarde comenzó á soplar un violento huracán desde el SSO.

La furia del vendaval encrespó las olas extraordinariamente. El *Parthia* corrió por algún tiempo; pero éste no es el remedio prescrito á los capitanes á quienes sorprende una tempestad circular, y poco después de las cuatro de la tarde no se podía gobernar ya bien con el timón, y la situación se hizo crítica para el buque.

El capitán del *Parthia*, M'Kaye, había dado orden para que todos los pasajeros permaneciesen abajo, á fin de evitar que alguno fuese barrido por alguna ola en la cubierta. El vapor bailaba materialmente en medio de las agitadas olas, levantando á veces enormes masas líquidas; el casco rechinaba siniestramente á cada instante, y el rugido del viento infundía pavor.

Seis horas hacía ya que el *Parthia* luchaba contra los elementos, resistiendo impávido el embate de las olas y la violencia del huracán; pero á las diez de la noche el viento se moderó, y el vapor pudo continuar su curso, aunque

pesadamente, á través del poderoso Océano. Pasó la noche, y al día siguiente brilló otra vez el sol; pero el mar se conservaba muy borrascoso aún. En la cubierta se hallaban algunos pasajeros, cuando resonó de pronto la voz del marinero que vigilaba, anunciando que se divisaba un buque; pero este incidente no excita ahora el interés que en otro tiempo despertaba, y así es que el anuncio llamó muy poco la atención, y un momento después nadie pensó ya en ello.

Sin embargo, á medida que el *Parthia* se aproximaba, los marineros pudieron reconocer, gracias á su ejercitada vista, que el buque en cuestión estaba en apuro, y que los que se hallaban á bordo tenían, con razón, un grave peligro. Efectivamente: el buque hacía agua, y su casco se había hundido tanto, que las olas barrían la cubierta á cada momento; conservaba los tres mástiles, pero las vergas se habían trabucado, habíanse recogido las velas, y, evidentemente, el buque corría grave peligro.

No había izado pabellón; pero tampoco era necesario: bastaba observar el pequeño grupo de personas reunidas en la cubierta, y que observaban el *Parthia*, para comprender su triste situación, aunque para juzgarla bastaba ver las oscuras olas que se estrellaban contra sus costados, y el agua que salía en forma de cascadas por los imbornales, así como la pesadez con que se inclinaba á un lado y otro. Veintidós personas se contaron en la cubierta, y era preciso hacer un esfuerzo para salvarlas á todas; pero harto comprendían todos los marineros del *Parthia* que esto no podría conseguirse sin exponer las vidas de los que tripulaban el bote.

Por lo pronto, el primer peligro estaba en bajar el bote: el marinero inglés no acostumbra á deliberar mucho tiempo cuando se ha de hacer alguna cosa y sabe de qué á él se le ha de encomendar, y gracias á esto no faltaron voluntarios. Al punto se dió la orden; cuatro hombres pasaron á la ligera embarcación, y el tercer oficial, Mr. William Williams, ocupó su puesto junto á la popa. Fué uno de esos momentos en que el hombre más intrépido del mundo se inmuta y tiembla. El bote se hundía ante olas enormes, pareciendo que iba á desaparecer de un momento á otro entre montañas de agua: demasiada precipitación; la menor tardanza ó falta de serenidad, ó el más leve error en el cálculo, bastaba para que bote y tripulantes se perdieran para siempre en el abismo.

Sin embargo, todas las órdenes del oficial, dadas oportunamente, y puestas en ejecución con la mayor rapidez, libraron de una muerte segura á todos aquellos hombres; pero era evidente que las alborotadas olas no permitirían al bote acercarse á la distancia de un tiro de pistola del buque comprometido, cuyos pasajeros contemplaban con indecible angustia, á la vez que con admiración, á los audaces tripulantes, sin confiar en que les fuera posible salvar á nadie. Muy pronto los del bote vieron que uno de los marineros del buque naufrago

arrojaba hacia ellos un cable. Gracias al movimiento de las aguas, se pudo coger, al fin. Se añadió otro, y con él sujetóse una boya de seguridad, manteniendo la extremidad del cable fija en el bote. Uno de los marineros náufragos se arrojó entonces al mar, y, gracias á la boya, fué posible recogerle á bordo del bote.

Los pasajeros del *Parthia* comprendieron entonces cómo se debía efectuar el salvamento. Uno tras otro, los marineros náufragos se arrojaron al agua, y así se recogieron once en el bote del *Parthia*. Como este número aumentaba ya en demasía el peso, el oficial dió orden de remar hacia el *Parthia*, del cual se había destacado ya otra embarcación. El capitán M'Kaye comprendió lo difícil y peligroso que era subirlos á bordo: pero, gracias á sus acertadas medidas, los once hombres se vieron, al fin, en la cubierta del vapor.

El bote volvió después hacia el buque náufrago para recoger á los demás tripulantes, que fueron salvados así de una muerte segura.

PERDIDOS PARA EL MUNDO

LOS DESTERRADOS Y SOLITARIOS

En Francia se acaba de descubrir últimamente, dice el *Registro Anual de 1762*, un caso extraordinario de avaricia y peculado. Monsieur Fosque, uno de los intendentes generales de la provincia del Languedoc, que había reunido considerables riquezas sangrando á los pobres y valiéndose de cuantos medios le sugería su avaricia, por viles ó crueles que fueran, por lo cual se hizo aborrecible, recibió un día orden del Gobierno para que suministrase una considerable cantidad en metálico.

Como excusa para no cumplir con esta orden, alegó que era sumamente pobre; pero, temeroso de que alguno de los habitantes del Languedoc informara sobre él para demostrar lo contrario, y que después se practicara un registro en su casa, resolvió ocultar su tesoro en sitio seguro. Al efecto, abrió una especie de cueva en su bodega, de tal profundidad y dimensiones, que le permitiesen subir y bajar con una escalera. En la entrada formó una puerta provista de un resorte, que al cerrarse sujetara bien aquélla. Pintóla exactamente del mismo color de la pared, de tal modo, que se confundía con ésta, hasta el punto de que hubiera sido muy difícil reconocer su existencia.

Poco después de esto no se vió ya á M. Fosque. Practicáronse pesquisas en todas direcciones, y se adoptaron cuantos medios pueda sugerir la imaginación humana para dar con él; pero todo fué inútil. Al cabo de algún tiempo se procedió á la venta de su casa, y el comprador quiso reedificarla ó hacer algunas alteraciones en ella. Gracias á esto, los trabajadores descubrieron la puerta de la cueva. Abrieronla, bajaron, y en el fondo encontraron el cadáver de M. Fosque, con una palmatoria al lado, pero sin vela. Practicóse un escrupuloso regis-

tro, y entonces se descubrieron también las inmensas riquezas que allí tenía acumuladas. Se dedujo que, al entrar el infeliz en la cueva, la puerta se cerraría tras él por algún accidente, y, no habiendo cerca ninguna persona á quien llamar, pereció de hambre. Se observó con horror que había devorado la carne de ambos brazos. Así murió el miserable, en medio de sus riquezas.

La malversación de fondos fué también el crimen cometido en el segundo caso que vamos á citar. Erase un individuo perteneciente á las partidas de presidiarios enviadas á la isla de Norfolk, cuando se les enviaba allí para poblar, y, habiéndosele enviado un día á comprar la cantidad de víveres necesarios para el alimento semanal, encontró varios compañeros que jugaban á los naipes, según acostumbran, y detúvose para mirar; quiso probar suerte, y muy pronto perdió cuanto llevaba. Como era hombre de carácter tímido, no se atrevió á volver para hacer frente á este percalo, prefiriendo esconderse en el sitio más retirado. Muy pronto se comenzó á practicar pesquisas, y por los informes tomados supose que había jugado y perdido en el juego el dinero con que debía comprar los víveres. Se continuó buscando al fugitivo con la mayor actividad, aunque inútilmente; pero como era imposible que subsistiera sin merodear, creyóse que su captura sería simplemente cuestión de tiempo.

Sin embargo, se comenzó á perder las esperanzas de prenderle: el fugitivo procedía con tal destreza, manteniéndose en su retiro durante el día, sin salir más que de noche, que, á pesar de lo reducido de la isla, eludía siempre la persecución. Sus depredaciones no eran más que las suficientes para subsistir; limitábase á coger trigo, patatas, calabazas y melones; raramente visitaba el mismo sitio dos veces, y siempre conseguía escapar antes de que se descubriera el robo ó se sospechara que se había cometido. Al fin, se ofreció una recompensa por su captura, y las pesquisas continuaron con mucha más actividad que antes. Algunas veces creíase que había muerto; pero varios indicios demostraban que el invisible ladrón existía aún.

Sus perseguidores estaban á menudo tan cerca del fugitivo, que éste podía oír muy bien su conversación, por la cual comprendió el vehemente deseo que se tenía de cogerle. Como la recompensa consistía en bebidas, por las cuales cualquier presidiario era capaz de sacrificar á su mismo padre, era mayor el afán de conseguir la captura, y toda la isla tomaba parte en la caza; y esto hizo crecer de punto el terror del fugitivo, pues á causa de sus repetidos robos no tenía esperanza de que se le perdonase.

Sin embargo, no se trataba de imponerle un castigo extremado, considerándose humanamente que el pobre hombre había padecido ya bastante por su falta, y que sus robos, limitándose á lo que podía necesitar para el alimento, eran indispensables; pero el fugitivo

ignoraba esto y dominábale siempre el terror.

La casualidad hizo, al fin, lo que no habían podido lograr todos los hombres de la isla. Cierta mañana, al rayar el día, un trabajador que iba á sus quehaceres vió un hombre que cruzaba apresuradamente el camino. Su aspecto y figura llamáronle al punto la atención; le ocurrió que podría ser aquel á quien

más decir que siempre nuestra defensa rayó en heroísmo, quedando completamente á salvo el honor.

Entre los filibusteros ó forbantes que más nos perjudicaron, figura el célebre Morgan, que no tuvo reparo en atacar á la misma ciudad de Panamá (1670). Nuestro grabado representa la llegada de los filibusteros á una altura,



PERDIDOS PARA EL MUNDO: Los trabajadores encontraron el cadáver de M. Foscoe en el fondo de la cueva

tanto se buscaba y llamóle; pero el otro, sin hacer caso, aceleró su marcha, y entonces el trabajador le persiguió.

Después de correr por espacio de veinte minutos, dió alcance al fugitivo, y en vano le aseguró, después de sujetarle entre sus brazos, que su vida no peligraba, y que su captura no tenía más objeto que librarle de un género de vida más propio de una fiera que de un hombre.

(Se concluirá)

EL SAQUEO DE PANAMÁ

Los ingleses fueron para nosotros un verdadero azote en punto á quitarnos colonias y atacar nuestras posesiones; pero no estará de

desde la cual se divisaba la ciudad. Morgan arenga á los suyos, diciéndoles: «—¡Ved allá los campanarios de Panamá!»

El combate entre nuestras tropas y los forbantes fué encarnizadísimo y largo; pero, por fin, consiguieron entrar en la plaza, que entregaron al saqueo.

*** PENSAMIENTOS ***

—Proclamó Jesús el amor universal. Y contra la preponderancia de las jerarquías terrenas las jerarquías del alma.

Y al cabo de cerca de veinte siglos, los egoístas humanos pueden más que estas saludables enseñanzas.

—La pereza enmohece la vida.

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA